

el activo contrabando que se hacia en las posesiones españolas.

Esta prosperidad se turbó muchas veces á causa de las deplorables guerras dinásticas de Europa, despues por muchos huracanes, principalmente el de 1766, y por un insecto que devastaba de tal modo las plantaciones, que se pensó en abandonarlas como cosa perdida; pero felizmente se encontraron algunos remedios para combatirlo.

Fué preciso tener constantemente en estas islas fuerzas considerables para defenderlas contra los ingleses y holandeses, y no bastando las milicias del país, se sujetaron los colonos á un impuesto para el sostenimiento de tropas regulares. Pero el gobierno francés creyó necesario conservar al mismo tiempo las milicias para velar por el orden interior, y obligó á los colonos á sufrir esta carga sin librarlos de la otra, lo cual produjo un grandé descontento, particularmente en Santo Domingo, donde fué necesario recurrir á las armas para comprimirlo.

Contábanse en la Martinica doce mil blancos en 1778, tres mil negros ó mulatos libres y ochenta mil esclavos. Doscientas cincuenta y siete plantaciones de caña de azúcar producian 240.000 quintales de azúcar en bruto; los colonos eran una poblacion rica, que amaba el lujo, sobresalientes en el mar, y que detestaban la tiranía.

Francia recibia de Santo Domingo en 1775 en trescientos cincuenta barcos 1.230.663 quintales de azúcar, cuyo valor ascendia á 45 millones de libras; 459.000 quintales de café, que valian 22 millones; 18.000 de añil, cuyo precio era de 15 millones; 5.780 de cacao, por valor de 400.000 libras; 500 quintales de achote, estimado en 32.000 libras; 26.000 de algodón, en 6.700.000 libras; 14.000 de cueros en 164.000 libras; 43.000 quintales de filamentos para hacer cuerdas, á 43 libras el quintal; 90 quintales de pulpa de cañafistola, valuados en 2.400 libras; además, géneros menudos y plata amonedada, todo ascendia á 94 millones. A esto debe añadirse 488.598 libras para Cayena, 19

millones para la Martinica, 12.751.404 para la Guadalupe, y se encontrará que en el curso de aquel año la Francia sacó de sus posesiones del Nuevo Mundo más de 126 millones, de los cuales exportó para los extranjeros 73 millones y medio.

La Francia saca productos de otro género de la pequeña isla de San Pedro, que no cuenta más de ochocientos habitantes de vecindario; pero millares de marinos acuden allí de la Bretaña y de la Normandía á la pesca del bacalao. Catorce mil marineros, ocupados en las diferentes operaciones que produce, existian en ella en 1830.

Ya hemos hecho mencion de la prosperidad á que llegó Cuba en tiempo de la abolicion del monopolio. En 1746 España habia concedido su comercio á una compañía que enviaba á ella tres barcos al año, y volvian con veinte mil arrobas de azúcar. En 1764, la España permitió á los colonos vender directamente sus géneros á los europeos, aunque empleando para transporte los barcos del estado, restriccion que se quitó tres años despues; tambien se suprimió luego la prohibicion de traficar con otros americanos. En fin, en 1790 el comercio pudo considerarse como libre.

Es admirable el acrecentamiento rápido que resultó de él. La poblacion, en un principio en pequeño número, ascendia ya á 170.000 almas en 1775; en 1817 á 552.000, y á 730.000 en 1827; es decir, que se habia cuadruplicado en el espacio de medio siglo. La produccion era, en 1830, de ocho millones de arrobas de azúcar y de 2.880.000 de café, en lugar de 7.000 apenas que daba en 1692. Las rentas en 1827 eran cerca de 47 millones, al paso que Méjico, con igual poblacion, producía sólo doce, y Java, isla la más floreciente en el archipiélago indio, no daba más que ocho millones en 1822. La Habana cuenta 112.000 habitantes, de los cuales 22.000 son esclavos; la aduana produce 24 millones, y la prosperidad va en aumento en el día, que se han introducido máquinas de vapor é instrumentos y métodos de agricultura más perfeccionados.

## LIBRO DÉCIMO.

DESDE FRANCISCO I HASTA LA REFORMA.

### SUMARIO.

Francisco I. — Carlos V. — Lutero. — Países-Bajos. — España. — Portugal.

#### CAPITULO I.

Francisco I. — Carlos V.

Felipe el Hermoso, hijo del emperador, con quien Fernando habia casado á su única heredera (1516), habia muerto antes que él; tenia, pues, por sucesor á Carlos de Austria, que habia nacido de aquel príncipe. Por María de Borgoña, su abuela, Carlos era heredero de la mayor parte de los Países-Bajos y del Franco Condado; por su madre, Juana la Loca, de los reinos de Castilla, Leon y Granada; por su abuelo materno Fernando, de los de Aragon y Valencia, del condado de Barcelona y del Rosellon, de los reinos de Navarra, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; además, por Maximiliano, de Austria, de la Estiria, de la Carintia, de la Carniola, del Tirolo y de la Suavia austriaca. Añádase á esto una extension de territorio africano y la mitad de la América, y se comprenderá cómo pudo alabarse de que nunca se ponía el sol en sus estados.

A la muerte de Maximiliano (1519), se presentó tambien para pedir la corona imperial, pero tuvo por competidor á Enrique VIII y áun más á Francisco I. Los embajadores de este príncipe iban al encuentro de los electores, corriendo de córte en córte con un saco bien provisto y diciéndoles: «Que no perpetuasen en la casa de Austria una corona electiva; que sería muy insensato el que al acercarse una tempestad, titubease en confiar al más valiente el timon de la nave.» Pero los talentos que Francisco I habia manifestado eran precisamente lo que le perjudicaba para con los electores, al

paso que el príncipe austriaco no habia aún revelado ninguno. Acostumbrados los príncipes alemanes á obrar á su antojo, temian que el monarca francés introdujese en un estado constitucional las costumbres de un gobierno despótico. Federico, elector de Sajonia, á quien sus colegas ofrecian, no el poderoso cetro de Carlo-Magno, sino la inútil dignidad de Maximiliano, se mostró digno del sobrenombre de Prudente, rehusándole; les aconsejó dijesen la preferencia á Carlos, quien por la posicion de sus estados podria defender con utilidad el imperio contra los turcos.

Aunque hombres prudentes aconsejasen á Carlos se contentase con la España y se asegurase su amenazada posicion, éste, que recibió en el camino la noticia de que Cortés acababa de adquirir en Méjico un nuevo imperio que él no veria nunca, no por eso dejó de persistir en adquirir la diadema imperial; gastó é intrigó tanto como su rival y le venció. De todos modos se le impuso una capitulacion que ha sido despues el modelo de las capitulaciones siguientes, por la cual se obligó á proteger la cristianidad, la paz, la bula de oro, los derechos y la libertad de cada estado, no colocar extranjeros en los empleos, no reclutar tropas fuera y no usar otros idiomas que el latin y el alemán. Se comprometió además á destruir las ligas comerciales que lo monopolizaban todo con su dinero y á residir la mayor parte del tiempo en Alemania (1519). Carlos lo prometió todo, porque las promesas no cuestan nada, y se puso á la cabeza de la nueva era.

¿Cuál no debia ser el despecho de Francis-

co I, héroe de Marignan, célebre en toda Europa, viéndose preferir en castigo de su gloria precoz, una medianía no temida, un mancebo desconocido, dirigido por ministros, y sin más en su favor que la intriga? Resultó de esto una rivalidad de amor propio, más que de interés, y tal vez por esto mismo la más encarnizada y al mismo tiempo la más célebre de la historia moderna. La reforma religiosa, predicada entonces por Lutero, llegó á complicarla y á concentrar en dos grandes estados y dos grandes hombres la atención que en el siglo anterior se hallaba desparramada sobre una multitud de pequeños.

De los dos jóvenes soberanos árbitros de la Europa, el uno había manifestado ya un carácter guerrero; el otro se inclinaba más bien á la política y á los manejos secretos. Educado Francisco en una condición privada, prefirió el glorioso título de su abuelo, el de rey de los nobles, ó *primer caballero de Francia*; y tuvo, en efecto, todas las cualidades y todos los defectos de un caballero. Presentábase, pues, como un héroe de la edad media; Carlos como un rey moderno. Francisco amaba la ostentación y el brillo, hasta dejarse preocupar exclusivamente por él; Carlos quería la realidad y no buscaba más que el éxito. Francisco afectaba un pundonor escrupuloso; Carlos se contentaba con la simple lealtad de su familia, sin que ni uno ni otro tuviesen escrúpulo de faltar á ella en ocasión dada. Carlos no descansó nunca; Francisco con frecuencia. El uno disminuía las distancias de sus diseminados estados con sus continuos viajes, sabía ganarse el afecto de sus generales, sin dejarse dominar por ellos, y no concedía ningún imperio sobre él á las mujeres, de tal manera, que no se conoció nunca la madre de sus bastardos; el otro, por el contrario, prodigaba el dinero en magnificencias y caprichos amorosos, daba los mandos á los ménos dignos bajo la influencia de sus cortesanos, por intrigas de mujeres ó rencores de córte, é irritó al condestable de Borbon, al almirante Doria y al príncipe de Orange, que se pasaron á las banderas de su cauteloso enemigo.

Las más felices guerras de Carlos se hicieron por sus generales; pero su política fué la que las dirigió siempre, y en el arte de conducir una intriga, prometer, eludir y corromper,

excedía con mucho al rey soldado. Reflexivo desde sus primeros años, se rodeó de hombres de gabinete, sin confiarse, no obstante, á ninguno. De una política inexorable y fría circunspección, dirigía sus miras á atraerlo todo á sí, á hacer que todo fuese por su interés personal, y tomó por divisa: *Nondum*. Las fáciles conquistas de la América le exaltaron é hicieron que abarcase en su ambición á todo el universo. Victorias más felices que merecidas, favorecieron á aquel pensamiento gigantesco; deslumbraron á sus contemporáneos, y pusieron á sus súbditos en el estado de aturdimiento, en el que la obediencia ciega del soldado pasa por heroísmo, y se tienen por lícitos todos los medios, con tal de que produzcan provecho y gloria.

Carlos era el mayor potentado de la Europa, en atención sobre todo á que la conformación de sus estados le ponía en contacto con todos los países y se unía á todos por algún punto. Bien pudo germinar en su cabeza la idea de una monarquía universal, no como dominación inmediata, sino como supremacía. En efecto, si la casa de Austria no se hubiera dividido en dos líneas, la libertad de Europa perecía. Pero la misma extensión causaba daños á Carlos, que dominaba en países de una naturaleza tan variada, distantes unos de otros, y de los cuales ninguno estaba en una sujeción absoluta. La España supo siempre resistir á sus usurpaciones, y los demás le concedieron el dinero sueldo á sueldo.

Francisco I tenía un reino más redondeado, los señores más dóciles, un poder más concentrado, más libertad para imponer contribuciones; una infantería nacional, igual en valor á la de los españoles, había reemplazado á las tropas mercenarias; Luis XI había humillado á los grandes; Luis XII y el cardenal d'Amboise habían combinado los mejores sistemas de administración para hacer dinero, gravando lo ménos posible á sus súbditos, y la falta de Francisco I fué no seguir este camino.

El fundamento del poder de Carlos V era la España. Esta se había regenerado en la larga lucha de que había salido nación enteramente católica, más bien fiel á sus reyes que súbdita, pero su nacionalidad estuvo en peligro cuando le cupo en herencia á Carlos, príncipe austriaco

co y emperador. Podía temerse que no abandonase el reino á algún virey, y que fuerte con sus estados de Alemania, sofocase las franquicias de que los españoles eran extremadamente celosos, como de un bien comprado á mucho precio. Encontró á la cabeza del reino, en calidad de regente, al cardenal Jimenez de Cisneros, uno de los más grandes hombres de aquel país, que había sabido tener á raya con su firmeza á una turbulenta nobleza. Poco acostumbrado á consideraciones en lo que creía bueno, Jimenez de Cisneros quería que Carlos le concediese la autoridad absoluta de disponer de las rentas, magistraturas, gobiernos, plazas en el consejo de estado ó en el orden judicial, y lo concerniente á la guerra. Pero rodeado Carlos de extranjeros avaros del dinero español, se lo pedían de continuo. Estas exigencias hicieron que Jimenez descontentase á los españoles para satisfacerle, y tuvo que escribir á Carlos se presentase lo más pronto posible á apaciguar los ánimos, y que el mejor medio de conseguirlo sería comprometerse á no dar empleos á los extranjeros. Irritóse de ello Carlos; y apenas llegó con sus flamencos, cuando sin mostrar política ni gratitud hácia el ministro que le había salvado la España, le autorizó para que se retirase á su diócesis. Pocas horas despues murió de pesar Jimenez de Cisneros, y considerado como un santo, se creyó que hacía milagros.

Sustituyóle Carlos, Adriano de Utrecht, su preceptor, inhábil para los negocios y extranjero. Tanto en esto como en tomar el título de rey de Castilla y de Aragon cuando aún vivía su madre, violaba los privilegios de la nación. A duras penas obtuvo ser reconocido por las Cortes de Castilla, Aragon y Cataluña; y á pesar de todas sus tergiversaciones, no pudo hacerse prestar juramento de fidelidad, sino prometiendo observar lealmente la constitución. Se leyó el acta siguiente:

«V. A., como rey de Castilla, de Leon y de Granada, con la muy alta y muy poderosa reina Juana, nuestra soberana y vuestra madre, jura ante Dios y por los Santos Evangelios, donde coloca su mano derecha, y promete, por su fé y palabra real, á las ciudades, villas y lugares representados por los diputados presentes en estas Cortes y á las provincias, citadas y

comunes que representan á estos reinos, como si aquí se nombrasen con toda distinción, que guardará y conservará el patrimonio real de la corona, y no enajenará de ninguna manera las ciudades, aldeas y comunes, ni su territorio y jurisdicción, ni los derechos y rentas de las ciudades, ni las demás cosas de su dependencia ni nada de lo que pertenece á la corona y al dominio real que posee en el día, ó que pueda corresponderle en lo futuro. Que si V. A. las enajena, se tenga esta enajenación por nula y como no acontecida; y que la persona á quien se hubiera hecho como título gratuito ú oneroso no adquiera ningún derecho á la propiedad. V. A. jura además y promete conservar las leyes y derechos de estos reinos, y principalmente la de Valladolid, que manifiesta y dispone todo lo necesario con respecto al presente acto de juramento.

»Además, confirmáis á las ciudades, pueblos, comunes y provincias, y á cada una de ellas el particular, las libertades, privilegios, franquicias, cartas y exenciones concernientes á la conservación del dominio de la corona, como todo lo contenido en los dichos privilegios...

»Y de todo esto jura V. A. no alterar nada, suprimir ó disminuir por sí ó por su orden real, bajo cualquiera forma que sea, ni en la actualidad ni en ningún tiempo, ni por cualquiera causa ó motivo que ocurriere. ¡Si así lo hiciéreis, Dios y los Santos Evangelios os presten su ayuda! *Amen.*»

Juró Carlos; tomó el título desusado de *Majestad*, y descontento del país, se fué á Alemania, donde por entonces había sido elegido emperador, y donde se hizo solemnemente coronar como tal.

Cuando marchó, estalló el descontento. Indignado el pueblo, se sublevó contra la nobleza de Valencia, que abusaba de los privilegios; gozoso Carlos con ver humillados á los que se atrevían á poner tasa á sus gastos, no sólo se negó á prestarles ayuda, sino que autorizó al pueblo á permanecer con las armas en la mano. Envalentonado con esto, formó las *germanías*, sociedad que se juró para disminuir el poder de los grandes. Juan de Padilla, señor joven, que gozaba de gran crédito con el vecindario, y que meditaba el proyecto de derribar á un regente incapaz y asegurar las libertades pú-

blicas elevando las comunidades, se constituyó centro de aquella asociación. Escuchóle el pueblo con favor, reunióse la junta santa en Avila, intimóse á Adriano la orden de abdicar sus poderes; y habiendo caído la reina Juana en manos de la junta, gobernó ésta en nombre de aquella princesa. A la negativa de Carlos de recibir á los diputados de la junta, tomaron las armas. Antonio de Acuña, obispo septuagenario de Zamora, peleó á la cabeza de sus clérigos; María Pacheco, mujer de Padilla, enamorada de su marido y de la libertad, condujo á las mujeres en procesion á la iglesia de Toledo, donde pidieron perdon á los santos por despojar los altares para la defensa de la patria. Sostuviéronse las comunidades dos años contra los disciplinados esfuerzos de los nobles, pero en fin consiguieron apoderarse de Padilla. Presa éste de los sufrimientos, de una herida mortal y en presencia del suplicio, escribía á su mujer. «Señora, si vuestra pena no me lastimara más que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado, que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener más espacio del que tengo, para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo; ni aún á mí me lo dan; ni yo querría más dilacion en recibir la corona que espero. Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, señora, lo haced con ella como con la cosa que más os quiere. A Pero Lopez, mi señor, no escribo, porque no oso, que aunque fui su hijo en osar perder la vida, no fui su heredero en la ventura. No quiero más dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha, que por alargar la vida alargó la carta. Mi criado Sossa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo que aquí falta; y así quedo dejando esta pena esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Dirigió también su despedida en estos términos á la ciudad de Toledo: «A tí, corona de España, y luz de todo el mundo, desde los altos godos muy libertada. A tí que por derramamiento de sangres extrañas como de las

tuyas, cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla te hago saber, como con la sangre de mi cuerpo, se refrescan tus victorias antepasadas.

Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha, y no en mi buena voluntad. Lo cual, como á madre te requiero me recibas; pues Dios no me dió más que perder por tí de lo que aventuré. Más me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna que jamás tiene sosiego. Sólo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos muero por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podia tomar enmienda de mi agravio. Muchos habrán que mi muerte contarán, que aún yo la sé, aunque la tengo bien cerca: mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no digo nada, pues ya no es mio, ni puedo más escribir, porque al punto que ésta acabo tengo á la garganta el cuchillo con más pasion de tu enojo, que temor de mi pena.»

Después de haber dispuesto Carlos V una veintena de suplicios, proclamó el perdon y se aprovechó de aquella abortada insurreccion, para reducir las Cortes á una simple formalidad.

Con estos principios, concibió el rey de Francia esperanzas provechosas á su rivalidad con Carlos V. Se tocaban en tres puntos; y aunque los señores de Chievres y Boissy, sus preceptores, concluyesen en Noyon un tratado de paz por el cual Nápoles quedaba á la España, pasando en silencio los demas derechos, mediante el matrimonio de Carlos con una hija de Francisco I, aún de corta edad, existian entre ellos bastantes elementos de desunion. Además del despecho de ver que se le habia preferido el príncipe austriaco á la corona imperial, Francisco se encontraba sometido, por el ducado de Milan, á la soberanía del emperador, que pronto manifestó sus pretensiones á él como á un feudo vacante, al mismo tiempo que las hacia presente á la Borgoña. La indemnizacion prometida al rey de Navarra no se le dió nunca. Las convenciones pontificales se oponian á que la corona imperial pudiese reunirse nunca en la misma

cabeza con la de Nápoles; en su consecuencia, Francisco I reclamaba esta última.

Habiéndole el interés comun unido á Leon X, dió en matrimonio la princesa Magdalena de la Tour d'Auvergne al hijo de Lorenzo de Médicis, que acababa de ser investido con el ducado de Urbino; pero como diferia restituir Parma y Plasencia á la Santa Sede, Leon X proclamó de nuevo la expulsion de los bárbaros. Colocado como estaba en medio de estados debilitados por las guerras pasadas; engrandecido con las conquistas de Alejandro VI, de Julio II y las suyas propias, árbitro de la república florentina, rico por las contribuciones de toda la cristiandad, Leon X hubiera podido mantener la balanza entre los dos rivales y asegurar la independencia de la Italia; pero sin elevacion en su ambicion, la comprometió fomentando la guerra (1521), y se unió contra su propio interés á Carlos V, consintiendo en que reuniese la posesion de Nápoles al imperio, y proponiéndose restablecer á Francisco Esforcia en Milan.

Aprovechóse Francisco I de la insurreccion de las comunidades en España para invadir la Navarra, con objeto de restablecer allí al rey Enrique, y se hizo dueño de ella en quince dias, pero la volvió á perder en tan poco tiempo. Por otra parte, Roberto de la Mark, señor de Bouillon, habiéndose separado de Carlos, que se habia negado á hacerle justicia, se unió á la Francia y asoló el Luxemburgo. Marcharon los imperiales sobre la Francia, que de repente se armó toda. Bayardo defendió la entrada de la Champaña con muy poca gente contra treinta y cinco mil hombres, diciendo: *No hay plazas débiles cuando son defendidas por gentes valerosas*, salvó á su patria de los extranjeros, y hasta conquistó algunas plazas en los Países Bajos. Al mismo tiempo, por la parte de los Pirineos, el almirante Bonnivet se apoderaba de Fuenterrabia.

Tenian antipatía los italianos á Carlos V como emperador, es decir, como heredero de antiguas pretensiones, alemán, y oriundo de un país en que la herejía zapaba el trono pontificio; también como flamenco, porque pertenecía á una nacion rival á la suya en el comercio; y en fin, como español y dueño de aquel nuevo mundo que les habia arrebatado el cetro de los mares. En su consecuencia, querian á

Francisco I. Este príncipe opuso á Próspero Colonna, general del papa y del emperador, á Odec-Lautrec, hermano de la dama de Chateaubriand, su querida, guerrero valiente, extraño á la avaricia y á la lujuria, pero muy orgulloso, y sin escuchar ningun consejo. Tratado el Milanesado como país conquistado, del que se desterraba á los ricos en partidas para usurpar sus bienes, tenía las peores disposiciones. Gerónimo Morone, ardiente patriota, infatigable, agudo, embustero, excelente, en una palabra, para urdir conjuraciones, sostenia las esperanzas de Francisco Esforcia, fomentaba los desórdenes interiores y las envidias de los estados vecinos, é hizo tanto, que por todas partes se insurreccionaron contra los franceses. Habíendose negado los suizos á pelear porque partidas de su país estaban al servicio del ejército enemigo, Lautrec se vió obligado á retirarse al territorio veneciano y Colonna entró en Milan, donde los libertadores continuaron por espacio de diez dias el saqueo y las más brutales violencias. Esta era la recompensa más ambicionada para los combatientes, y á veces su único sueldo.

Con el objeto de poder remediar el mal, Francisco I adoptó el partido de crear en su reino veinte nuevos empleos en venta; envió á la casa de moneda la verja de plata que Luis XI habia regalado á San Martin; hizo que le prestase la ciudad de París 1.200.000 libras, al interés de 12 por 100; y habiendo reunido de esta manera 400.000 escudos, los mandó á Italia; pero su madre Luisa de Saboya, que por envidia á la dama de Chateaubriand, no queria que fuese socorrido Lautrec, encontró medio de extravíarlos y hacerlos pasar á sus arcas; de lo que resultó que Lautrec no recibió dinero. Después, cuando los suizos amotinados reclamaron su sueldo, su licencia ó el comdate, se vió precisado á presentar la batalla; pero vencido en Bicoca por Próspero Colonna, le fué preciso evacuar la Lombardia (1522).

Entonces volvió á tomar Francisco Esforcia posesion del ducado, pero reducido á la última extremidad por ejércitos que todo lo robaban, y por la audacia de cualquiera que se consideraba bastante fuerte para desobedecer. Hizo Venecia la paz con el Austria; Génova fué también ganada y horribilmente saqueada;